



Us

SCARLET DIVISÓ A GILLES DETRÁS DEL MOSTRADOR, VERTIENDO SALSA bechamel sobre un sándwich de jamón. Dio la vuelta para pasar del otro lado, gritando para llamar su atención, y se encontró con su desconcierto.

–Ya terminé –dijo devolviéndole el gesto–. Ven a firmar la hoja de entrega.

Gilles sirvió una porción de papas fritas junto al sándwich y deslizó el plato sobre el mostrador de metal, hacia ella.

–Lleva eso al primer box y la tendré lista para cuando regreses.

–No trabajo para ti, Gilles –le dijo Scarlet, furiosa.

–Agradece que no te envíe al callejón con una escoba para barrer –le dio la espalda; su camisa blanca estaba amarillenta por años de sudor.

Los dedos de Scarlet se tensaron por efecto de la fantasía de arrojar el sándwich a su nunca y ver cómo se veía en comparación con los tomates, pero el rostro consternado de su abuela se filtró casi a la misma velocidad en la ensoñación. Qué desilusionada se sentiría si regresara a casa y se enterara de que Scarlet había perdido a su cliente más leal en un arrebato de ira.

Tomando el plato, Scarlet salió de la cocina hecha una furia y casi la atropelló un mesero en cuanto la puerta batiente de la cocina se cerró detrás de ella. La taberna Rieux no era un lugar agradable: el piso estaba pegajoso, el mobiliario era una mezcolanza de mesas y sillas baratas, y el aire estaba saturado de grasa. Pero en un pueblo donde beber y chismorrear eran los pasatiempos favoritos, siempre estaba llena, especialmente los domingos, cuando los peones de los campos locales ignoraban sus cultivos por 24 horas.

Mientras esperaba a que se abriera un hueco entre la multitud, la atención de Scarlet recayó en las pantallas de red situadas detrás de la barra. Las tres transmitían el mismo video noticioso que había llenado la red desde la noche anterior. Todo el mundo hablaba del baile anual de la Comunidad Oriental, donde la reina lunar era invitada de honor y en el cual se había infiltrado una chica cyborg que había destrozado algunos candelabros y tratado de asesinar a la reina visitante... O quizás había tratado de asesinar al recién coronado emperador. Todo el mundo parecía tener una teoría diferente. La imagen congelada en las pantallas mostraba un primer plano de la chica con manchas de tierra en el rostro y mechones de cabello húmedo escapando de una cola de caballo desordenada. Para empezar, era un misterio cómo había logrado que la dejaran entrar al baile real.

—Deberían haber puesto fin a su sufrimiento cuando se cayó en esas escaleras —dijo Roland, cliente frecuente de la taberna, quien tenía el aspecto de haber encallado en la barra desde la tarde. Extendió un dedo hacia la pantalla, haciendo la mímica de una pistola—. Yo le habría metido una bala justo en la cabeza. Y se acabó.

Cuando un rumor de aceptación corrió entre los comensales cercanos, Scarlet frunció los ojos con disgusto y se apresuró hacia el primer box.

Reconoció de inmediato al guapo peleador callejero de Émilie, en parte por el entramado de cicatrices y moretones en su piel aceitunada,

pero más porque era el único extraño en la taberna. Se veía más desaliñado de lo que había esperado, dada la fascinación de Émilie; su pelo apuntaba en todas direcciones en mechones desordenados, y un magullón reciente empezaba a hincharse alrededor de un ojo. Bajo la mesa, ambas piernas se agitaban, como si fuera un juguete de cuerda.

Ya había tres platos dispuestos frente a él, vacíos excepto por manchas de grasa, restos de ensalada de huevo y rebanadas intactas de jitomate y lechuga.

No se dio cuenta de que se había quedado mirándolo fijamente, hasta que él alzó la vista y sus ojos se toparon con los suyos. Eran de un verde nada natural, como las uvas verdes cuando aún están en la parra. Scarlet sujetó el plato con más fuerza y de pronto entendió el entusiasmo de Émilie. *Tiene unos ojos que...*

Abriéndose paso entre la multitud, depositó el sándwich en la mesa.

—¿El *croque monsieur* es para ti?

—Gracias —su voz la sobresaltó, no porque fuera alta o ronca, como ella había esperado, sino más bien baja y titubeante.

Quizás Émilie estaba en lo correcto. Quizá de verdad era tímido.

—¿Estás seguro de que no prefieres que te traigamos el cerdo entero? —preguntó, encimando los tres platos vacíos—. Les ahorrarás a los meseros el inconveniente de correr de ida y vuelta a la cocina.

Sus ojos se abrieron y por un momento Scarlet esperó que le preguntara si realmente era una opción, pero entonces su atención se concentró en el sándwich.

—Tienen buena comida aquí.

Contuvo una burla. “Buena comida” y “taberna Rieux” eran dos frases que ella normalmente no asociaría.

—Las peleas deben de abrir mucho el apetito.

Él no respondió. Sus dedos jugueteaban con el sorbete en su

bebida y Scarlet pudo ver que la mesa comenzaba a sacudirse debido al movimiento de sus piernas.

–Bueno. Disfrútalo –dijo, recogiendo los platos. Pero entonces se detuvo y señaló los tomates–. ¿Estás seguro de que no los quieres? Son lo mejor, y fueron cultivados en mi propia huerta. También la lechuga, de hecho, pero no estaba marchita como esta cuando la coseché. No importa, no quieres la lechuga, pero ¿y los tomates?

–Nunca los he probado –respondió el peleador, cuyo rostro había perdido algo de intensidad.

–¿*Nunca*? –preguntó Scarlet alzando una ceja.

Luego de un momento de duda, él soltó el vaso, tomó dos rodajas de tomate y se las metió en la boca.

Su expresión se congeló a medio masticar. Pareció evaluar por un momento, con mirada pensativa, antes de tragar.

–No es lo que esperaba –dijo, volviendo a alzar la vista hacia ella–. Pero no son horribles. Ordenaría más de esos, si se puede.

Scarlet acomodó los platos en su mano, evitando que el cuchillo de la mantequilla se deslizará.

–¿Sabes? Yo de hecho no trabajo...

–¡Aquí viene! –dijo alguien cerca de la barra, desatando un murmullo emocionado que se extendió por toda la taberna. Scarlet echó un vistazo a las pantallas de red. Estas mostraban un jardín exuberante, lleno de bambúes y lirios, y reluciente luego de la lluvia. La calidez roja del baile se derramaba por una escalinata magnífica. La cámara de seguridad estaba sobre la puerta, apuntando hacia las largas sombras que se extendían hacia el sendero. Era hermoso. Tranquilo.

–¡Apuesto 10 univs a que una chica está a punto de perder su pie en esas escaleras! –gritó alguien, y una oleada de risas lo secundó desde la barra–. ¿Alguien quiere apostar conmigo? Vamos, ¿cuáles son las posibilidades, en serio?

Un momento después, la chica cyborg apareció en la pantalla. Salió corriendo por la puerta hacia las escaleras, alterando la serenidad de los jardines con la agitación de su vestido plateado. Scarlet contuvo el aliento, sabiendo lo que pasaría a continuación, pero aun así se sobresaltó cuando la chica tropezó y cayó. Se desplomó en los escalones y aterrizó torpemente al pie de estas, despatarrada en el sendero pedregoso. Aunque no había sonido, Scarlet se imaginó a la chica jadeando mientras rodaba sobre su espalda y miraba boquiabierta hacia la entrada. Unas sombras se deslizaron por las escaleras y una serie de figuras irreconocibles aparecieron más arriba. Habiendo escuchado la historia una docena de veces, Scarlet buscó con la mirada el pie faltante, que todavía estaba sobre los peldaños. La luz del salón de baile hacía destellar el metal del pie de la chica cyborg.

—Dicen que la de la izquierda es la reina —dijo Émilie. Scarlet dio un respingo; no había oído a la mesera aproximarse.

El príncipe —no, ahora ya era emperador— descendió por la escalera y se detuvo a recoger el pie. La chica recogió el ruedo de la falda, extendiéndolo sobre sus pantorrillas, pero no pudo ocultar los cables muertos como tentáculos colgando de su muñón de metal.

Scarlet sabía lo que decían los rumores. No solo se había confirmado que la chica era lunar —una fugitiva ilegal y peligrosa para la sociedad terrícola—, sino que incluso se las había ingeniado para lavarle el cerebro al emperador Kai. Algunos pensaban que lo que ella buscaba era poder; otros, riquezas. Algunos creían que había estado tratando de desatar la guerra que desde hacía tanto tiempo pendía sobre ellos como una amenaza. Pero sin importar cuáles hubieran sido las intenciones de la chica, Scarlet no pudo evitar una sensación de lástima. Al fin y al cabo, era solo una adolescente, incluso más joven que Scarlet, y se veía totalmente patética tirada al pie de esas escaleras.

—¿Qué decías acerca de evitarle el sufrimiento? —dijo uno de los tipos de la barra.

Roland extendió su dedo hacia la pantalla.

—Exacto. Nunca había visto nada tan desagradable en mi vida.

Alguien al final de la barra se inclinó hacia adelante para poder ver a Roland, evitando a los otros clientes.

—No estoy seguro de estar de acuerdo. Creo que en cierta forma es linda, fingiendo estar desamparada e inocente. Quizás en vez de mandarla de regreso a Luna, deberían dejarla venir a quedarse conmigo.

El comentario fue recibido con una oleada de risas. Roland pegó un puñetazo en la barra, haciendo saltar un plato de mostaza.

—¡Sin duda con esa pierna de metal debe de ser una compañera de cama muy agradable!

—Cerdo —murmuró Scarlet, pero su comentario se perdió entre las burlas.

—Yo no me perdería la oportunidad de hacerla entrar en calor —agregó otro, y las mesas resonaron con aclamaciones y júbilo.

La furia ascendió clavando sus garras en la garganta de Scarlet; golpeó la pila de platos contra la mesa del reservado y los dejó caer de nuevo. Pasó por alto las expresiones sorprendidas a su alrededor y avanzó entre la multitud, rodeando la barra. El perplejo cantinero se la quedó mirando mientras Scarlet empujaba algunas botellas de licor para abrirse camino y se trepaba al mostrador que se extendía a lo largo de la pared. Estirándose, abrió un panel en la pared, situado debajo de una repisa con copas para coñac, y desconectó el cable de las pantallas. Las tres se pusieron negras, mientras el jardín del palacio y la chica cyborg desaparecían.

Un rugido de protesta se alzó a su alrededor.

Scarlet se dio la vuelta para encararlos, y accidentalmente golpeó una botella de vino, que cayó de la barra. El vidrio se estrelló contra

el piso, pero ella apenas lo escuchó mientras agitaba el cable hacia la encendida multitud.

–¡Todos ustedes deberían mostrar algo de respeto! ¡Esa chica será ejecutada!

–¡Esa chica es lunar! –gritó alguien–. ¡*Debe* ser ejecutada!

La opinión fue reforzada con gestos de asentimiento; alguien incluso arrojó una corteza de pan al hombro de Scarlet. Ella puso los brazos en jarra y dijo:

–Solo tiene dieciséis años.

Estalló una agresiva oleada de argumentos. Hombres y mujeres por igual se levantaron para vociferar contra los lunares, el mal y *esa chica trató de matar a un líder de la Unión*.

–¡Ey, ey, cálmense todos! ¡Dejen que Scarlet hable! –vociferó Roland, su confianza estimulada por el whisky en su aliento. Alzó las manos hacia la muchedumbre que se empujaba–. Todos sabemos que hay locos en su familia. ¡Primero esa vieja pierde la razón y ahora Scar defiende los derechos de los lunares!

Un desfile de risas y burlas marchó por los oídos de Scarlet, confundidos con el sonido de su propia sangre agolpándose. Sin saber cómo, bajó del mostrador y de pronto ya estaba a la mitad de la barra. Botellas y vasos salieron volando, y la primera golpeó a Roland en la oreja. Él aulló y se volvió para encararla.

–¿Qué...?

–¡Mi abuela no está loca! –lo sujetó por la camisa–. ¿Fue lo que le dijiste al detective cuando te interrogó? ¿Le dijiste que estaba loca?

–¡Por supuesto que le dije que estaba loca! –gritó, derramándole encima el hedor del alcohol. Ella apretó la tela hasta que los puños le dolieron–. Y apuesto a que no fui el único. Por la forma en que permanece escondida en esa vieja casa, habla con los animales y los androides como si fueran personas, ahuyenta a la gente con un rifle...

–¡Fue *una* vez, y era un tratante de acompañantes!

–No me sorprende que la abuelita Benoit partiera en dos su último cohete. Lo veía venir desde hacía mucho.

Scarlet empujó fuertemente a Roland con ambas manos. Él se fue de espaldas contra quien había estado tratando de interponerse entre ambos. Émilie gritó y cayó sobre una mesa al tratar de evitar que Roland la aplastara.

Roland recuperó el equilibrio, y parecía no decidirse entre sonreír burlonamente o refunfuñar.

–Mejor ten cuidado, Scar, o vas a terminar igual que la vieja...

Las patas de una mesa rechinaron contra las baldosas y de pronto el peleador sujetó con una mano el cuello de Roland, alzándolo del suelo.

La taberna se quedó en silencio. El peleador, indiferente, sostuvo a Roland en lo alto como si no fuera más que un muñeco, ignorando los ruidos que hacía al ahogarse.

Scarlet estaba boquiabierta. El borde de la barra se clavaba en su estómago.

–Creo que le debes una disculpa –dijo el peleador con su voz tranquila y monótona.

Un gorgoteo salió de la boca de Roland. Sus pies no encontraban el suelo.

–¡Oye, déjalo! –gritó un hombre levantándose de su asiento–. ¡Vas a matarlo!

Sujetó la muñeca del peleador, pero el brazo de este se mantuvo inmóvil como una barra de hierro. Con el rostro enrojecido, el hombre lo soltó y retrocedió para asestarle un puñetazo, pero en cuanto lanzó el golpe, el peleador levantó su mano libre para bloquearlo.

Scarlet retrocedió, tambaleante, notando apenas un tatuaje de letras y números sin sentido estampados a lo largo del antebrazo del muchacho. LSOM962.

Aún parecía furioso, pero ahora había un leve dejo de diversión en su expresión, como si acabara de recordar las reglas de un juego. Dejó que los pies de Roland volvieran a tocar el piso y soltó al mismo tiempo su cuello y el puño del otro hombre.

Roland se apoyó en un asiento para mantener el equilibrio.

—¿Cuál es tu problema? —dijo con voz sofocada, frotándose el cuello—. ¿Vienes de una ciudad de locos o qué?

—Estabas siendo irrespetuoso.

—*Irrespetuoso?* —ladró Roland—. ¡Trataste de matarme!

Gilles salió intempestivamente de la cocina, empujando las puertas batientes.

—¿Qué está pasando acá?

—Este tipo quiere empezar una pelea —dijo alguien entre la muchedumbre—. ¡Y Scarlet rompió las pantallas!

—¡No las rompí, idiota! —gritó Scarlet, aunque no estaba segura de quién había hablado.

Gilles miró las pantallas apagadas, a Roland que seguía frotándose el cuello, las botellas y vasos rotos sobre el piso mojado. Observó furioso al peleador callejero.

—Tú —dijo, señalándolo con el dedo—, fuera de mi taberna.

—Él no hizo... —empezó Scarlet, con un nudo en el estómago.

—No empieces, Scarlet. ¿Cuánta destrucción planeabas causar hoy? ¿Estás *intentando* hacer que cancele mi cuenta?

Ella se crispó, con el rostro aún ardiente.

—Tal vez me lleve el pedido de regreso y veremos qué les parece a tus clientes comer desde ahora vegetales podridos.

Rodeando la barra, Gilles le arrebató el cable a Scarlet.

—¿Realmente crees que la tuya es la única granja de Francia? ¡La verdad, Scar, es que solo te hago pedidos porque si no lo hiciera tu abuela no me dejaría en paz!

Scarlet frunció los labios, reprimiendo el frustrante recuerdo de que su abuela ya no estaba allí, así que él *podría* comprarle a alguien más si así lo deseaba.

Gilles dirigió de nuevo su atención al peleador.

—¡Dije que te fueras!

Ignorándolo, el peleador ofreció una mano a Émilie, quien seguía medio doblada sobre la mesa. Su cara estaba enrojecida y su falda empapada de cerveza, pero su mirada resplandecía de amor mientras dejaba que él la ayudara a incorporarse.

—Gracias —dijo en un susurro seguido de un silencio extraño.

Finalmente, el peleador encaró el ceño fruncido de Gilles.

—Me iré, pero no he pagado mi comida —dudó—. También puedo pagar los vasos rotos.

—¿Qué? —exclamó Scarlet, parpadeando.

—¡No quiero tu dinero! —gritó Gilles como si lo hubieran insultado, lo que sorprendió aún más a Scarlet, quien solo escuchaba a Gilles quejarse del dinero y de la forma en que sus proveedores lo estaban desangrando—. Te quiero fuera de mi taberna.

Los pálidos ojos del peleador se dirigieron a Scarlet, y por un momento ella sintió que había una conexión entre ambos.

Ahí estaban los dos. Marginados. Indeseables. *Locos*.

Con el pulso tamborileante, sepultó ese pensamiento. Ese joven era un problema. *Peleaba* con la gente para ganarse la vida... o quizás hasta por diversión.

No estaba segura de qué era peor.

El peleador se dio la vuelta, inclinó ligeramente la cabeza en algo que casi pareció una disculpa y caminó hacia la salida arrastrando los pies. Cuando pasó, Scarlet no pudo evitar pensar que, a pesar de todas las señales de brutalidad, ahora no parecía más amenazador que un perro regañado.